

CONDICIONAMIENTOS PSIQUICOS EN LA ACCION POLITICA

POR

J. C. GARCÍA DE POLAVIEJA

1. El estudio de la democracia tal como se presenta actualmente en determinadas naciones occidentales, entre ellas España, no tiene sentido —a mi juicio—, si se entiende ésta como un sistema político cerrado en sí mismo, apoyado por una filosofía propia —el liberalismo— y tendente a una visión del mundo específica: la convivencia mundial pluralista. No tiene sentido el estudio de la democracia así concebida porque desde el siglo XVI no existen —si no es fuera del proceso revolucionario— las formas políticas puras. Toda noción ideológica, a partir del año 1500, debe ser abordada en íntima conexión con el proceso revolucionario en una de cuyas fases se inscribe necesariamente. Únicamente la doctrina política tradicional de la Iglesia y las corrientes directamente derivadas de ella pueden considerarse ajenas al proceso de progresiva mixtificación dialéctica de las ideas y de las formas políticas.

No es este el caso de la democracia, cuya forma pura como sistema clásico de gobierno sólo se contempla actualmente como tema de estudio o de especulación para los eruditos y, en la cual, el concepto tradicional que la entiende como participación ciudadana y respeto a los derechos sociales ha sido casi totalmente postergado.

La democracia, hoy, es esencialmente un pretexto para imponer, en virtud de fórmulas voluntaristas, una fuente de poder incondicionada y absoluta.

La democracia debe, pues, ser estudiada como *medio* y como *fase* dentro del proceso revolucionario. Como medio, porque la implantación de un sistema en el que «la voluntad general» constituye un recurso para la neutralización de las estructuras orgánicas de la sociedad es, solamente, una *conditio sine qua non*, un paso obligado desde el destruido sistema tradicional hasta

fases más avanzadas o ulteriores del proceso revolucionario. Como fase, ya que, por ende, las características del sistema democrático así entendido son las propias de un expediente temporal. Imprecisión de los principios, inestabilidad y erosión social, creación artificiosa desde el estado de contradicciones en todas las esferas de la vida, vía libre a la actuación de las técnicas revolucionarias de guerra psicológica e izquierdización acentuada de los puntos de referencia ideológico-políticos, son sus notas más relevantes.

Esta democracia, medio y fase en el camino de la Revolución, fue explícitamente denunciada por el Papa Pío XII cuando advirtió de situaciones en las que «el Estado, apoyándose en la fuerza de la masa manipulada por diversos medios, impone su voluntad a la parte mejor del verdadero pueblo» (1).

La democracia liberal resulta siempre una *fase*, un expediente temporal que puede resultar más o menos largo pero que, invariablemente, desemboca en fases más avanzadas del proceso revolucionario. Su carácter de sistema-puente entre la autoridad legítima que se derroca o desvirtúa y el poder autoritario de las posteriores fases marxistas es una constante histórica. El primer período monárquico constitucional de la Revolución Francesa (1789-91) previo al terror, y el gobierno provisional de Kerensky en Rusia (1917) son ejemplos de fases demoliberales breves que dan paso inmediato a fases revolucionarias más avanzadas.

La democracia liberal en ningún caso se consolida como sistema definitivo de convivencia. Es bueno advertirlo para quienes se hayan dejado influir por las apariencias de democracias estabilizadas como la francesa a partir de 1870, o las aglosajonas. Salvo en el caso de producirse reacciones radicales, ninguna de ellas dejará de concluir en formas revolucionarias autoritarias ya que a ello las avoca su propia naturaleza intrínseca que es componente de una dinámica dialéctica.

La mayor o menor duración de una situación democrática concreta, dentro del proceso revolucionario general, depende precisamente de la resistencia opuesta por el entramado social al proceso de masificación: A mayor grado de consistencia social y de libertades concretas, mayor resistencia y, por tanto, más longevidad de la fase democrática.

En Francia, por ejemplo, las III y IV Repúblicas engendraron lentamente situaciones límite, de las que hubiera surgido la

(1) Pío XII, *Radio-Mensaje en la Navidad de 1944*, BAC, Doctrina Pontificia, II, Documentos Políticos.

implantación del sistema autoritario colectivista de no producirse reacciones forzadas por factores externos. La V República parece abocada al mismo inevitable final y esta vez con menos posibilidades de que se efectúen en su seno reacciones inesperadas. En los Estados Unidos la dinámica revolucionaria actúa de una forma muy compleja en el interior de la sociedad y de las instituciones, avanzando de manera muy lenta pero constante.

La élite revolucionaria es consciente de esta condición de «cauce hacia el socialismo», natural en la democracia. Por eso —poniendo un ejemplo—, un partido marxista como el PSOE puede afectar las cotas de moderación que le interesen en cada momento y aceptar a plazo indefinido el juego democrático, sin renunciar por ello a su «ritmo» estratégico profundo: sabe que las propias contradicciones introducidas en la vida social y económica por su gestión gubernativa llevan rápidamente a la crisis a la sociedad burguesa. Es más, le basta con dejar desenvolverse la dinámica interna de la democracia para que el sistema colectivista anti-teo se implante por su propio peso. Ya Tuñón de Lara en el verano de 1975 demostró claramente en su prólogo al «Contrato Social» que los presupuestos básicos del comunismo están implícitos en la doctrina de Juan Jacobo Rousseau (2). No hacía con ello sino confirmar desde una óptica revolucionaria la tesis del carácter procesivo de la Revolución descrita por Correa de Oliveira (3), según la cual ésta poseía ya en sus comienzos las energías necesarias para reducir a actos todas sus potencialidades.

Todo en la democracia es dinámico, movable, inestable. Su realidad social es una continua transición. Su filosofía, el relativismo positivista, no es una vía independiente en el panorama del pensamiento humano, sino una tesis encadenada en un flujo dialéctico de errores. Su concepción del mundo es una negación de la realidad verdadera de ese mundo, pero una negación que crea un vacío destinado a colmarse por afirmaciones potenciales que la superan en el camino de la utopía.

2. El forcejeo entre distintas concepciones del mundo y de la vida al que asistimos y en el que de alguna manera participamos, interesa muy especialmente a las potencias anímicas del

(2) *Contrato Social*, prólogo de Manuel Tuñón de Lara, Espasa-Calpe, Madrid, 1975, «Selecciones Austral».

(3) P. Correa de Oliveira, «Revolución y contrarrevolución», en *Catolicismo*, Brasil, 1960, págs. 54, 55 y 56.

hombre. Son los hombres concretos quienes protagonizan sus alternativas y es por lo tanto un forcejeo de convicciones al que cada hombre concreto contribuye con su acervo ideológico y se ve al mismo tiempo condicionado en mayor o menor medida por la fuerza de las ideas en pugna.

Los ámbitos del alma conforman lo más nuclear del hombre, por ello los aspectos psíquicos del drama de nuestro tiempo son determinantes y constituyen quizá la óptica de mayor profundidad en el estudio de los fenómenos sociales y políticos.

Al abordar el estudio de estos fenómenos, que constituyen lo que se ha llamado acertadamente una guerra psicológica, hemos de elevarnos hasta el plano de la teología de la historia: vivimos unos tiempos que imponen la reflexión teológica previa como imperativo metodológico.

¿Cuál es realmente la alternativa psíquica o anímica que se nos ofrece desde la panorámica elevada del destino trascendente del hombre?

Esa alternativa es, sin duda, la que conduce al hombre por el camino de la gracia o por el camino de la rebeldía.

Frente al «hombre nuevo» del Evangelio, ese empeño de transformación urgido por San Pablo y siempre perseguido por cada cristiano verdadero, la Revolución —inserta en un misterio de iniquidad que tiene sus orígenes fuera de la racionalidad específicamente humana—, se esfuerza en la implantación de otros prototipos humanos. Y digo de otros prototipos, en plural, porque el carácter procesivo y dialéctico de la Revolución provoca y se apoya en muy diversas actitudes anímicas, en distintos estados del alma, cuyo único nexo de identidad es el carácter refractario a la gracia.

Es una realidad que la tensión interna, psíquica, del hombre está esencialmente condicionada —pues el agnosticismo sólo proporciona una superficial abstracción de tal tensión, en tanto que el ateísmo radical en muchos sentidos la exacerba—, por dos factores que son en cierta forma ajenos a su propia naturaleza. Digo «en cierta forma», porque toda la Creación está ligada de hecho al Creador por fuertes vínculos.

Por un lado el misterio de la gracia que le diviniza, gracia gratuita y sobrenaturalmente transformadora de esa misma naturaleza.

Por otro lado el misterio también de la rebelión, que sabemos y comprobamos diariamente inspirado y dirigido desde instancias preternaturales de difícil clasificación y con posibles implicaciones en el mundo cósmico.

CONDICIONAMIENTOS PSIQUICOS EN LA ACCION POLITICA

La tensión anímica del hombre es, pues, uno de los muchos escenarios en los que se desarrolla el drama universal de la Creación cuyas exactas dimensiones y concreciones desconocemos, aunque nos hayan sido revelados por el mismo Dios los aspectos que más directamente se relacionan con nuestro destino de salvación.

Una de las consecuencias que se deducen de esta situación del hombre como sujeto a diversas influencias es poner de manifiesto la insuficiencia de nuestros conocimientos acerca de la naturaleza angélica, estancados en estadios insuficientes de una teología excesivamente condicionada por la especulación filosófica helénica.

Hemos tenido que asistir tantas veces al fácil sarcasmo antibizantino de la crítica más o menos materialista que anatematiza la especulación sobre «el sexo de los ángeles», que podemos no llegar a advertir la significativa paradoja de que es la misma civilización —aparentemente materialista—, que se burla de los afanes angelológicos de las iglesias orientales, la que está creando una pseudocultura popular en la que se entremezclan curiosamente las supuestas civilizaciones extra-terrestres, las mitologías griegas, la astrología y las ciencias cosmológicas.

Si aceptamos que la dimensión teológica de la Revolución coincide con ese «misterio de iniquidad» de cuya puesta en marcha nos advertía San Pablo (4), todo acercamiento a la más profunda significación del proyecto revolucionario sobre el hombre tropieza con la dificultad de nuestro conocimiento escasísimo de la creación preteratural.

Los únicos datos que pueden ofrecernos alguna guía válida se encuentran en la revelación bíblica.

Quizá el más significativo para una visión de conjunto del proyecto revolucionario, en su dimensión preteratural, se encuentre en las tentaciones hechas al Salvador en el desierto al comienzo de su vida pública, narradas por San Mateo (4, 1-11), San Marcos (1, 12-13) y San Lucas (4, 1-13). Las tres tentaciones desplegadas por el demonio ante Nuestro Señor son, por extensión, una muestra válida de la maquinación emprendida contra la humanidad redimida y sobrenaturalizada tras el sacrificio de la Cruz: es un pequeño resumen del proyecto encaminado a neutralizar la obra de la gracia y frustrar la reconciliación del hombre con su Creador.

Como es sabido las tres tentaciones son: arrojarse desde lo

(4) San Pablo: II *Tesalonicenses*, 2,7.

alto del templo para ser sostenido por los ángeles, hacer que las piedras se conviertan en pan y por último postrarse ante el diablo y adorarle. A cada tentación el Salvador opuso un texto de la escritura que le autorizaba a declinarla.

Son bastante evidentes las similitudes entre las tentaciones y las fases principales de la Revolución tal como ésta ha sido sistematizada por diversos pensadores, principalmente por Correa de Oliveira. Los calvinistas del siglo XVI, precipitándose en una sin igual demostración de soberbia espiritualista fuera del templo de la Iglesia universal, han podido llegar a creer, en algún momento de su gravitación por el vacío de la gracia, que eran sostenidos por ángeles. Los más entusiastas partidarios del desarrollismo positivista del siglo XIX, del materialismo cientifista del XX, o del mito tecnocrático siguen empeñados en un vano intento de transformación de la naturaleza que haría al hombre dueño de la piedra filosofal, mutante de las piedras en pan, como los alquimistas y teósofos medievales.

Pero es más importante para nosotros la última tentación, específicamente satanista, que nos revela la pretensión preternatural de inclinar al hombre a un culto explícitamente demoníaco. Tal es, según todos los indicios, el previsible final de una Revolución que comenzó hace cinco siglos con un pretendido celo de reforma espiritual y autenticadora de la Iglesia y entre grandes protestas evangélicas.

Siguiendo a lo largo de los siglos la incidencia de este proceso sobre la psique —sobre el alma del hombre seducido por la rebelión—, observaremos que ha provocado, en los estratos más profundos de las conciencias un amplio giro dialéctico, en el que la tensión entre sobrenaturalismo, espiritualismo e idealismo, por un lado, y naturalismo, materialismo y empirismo cientifista por otro, se ha resuelto, finalmente, con la desaparición del horizonte de la humanidad de toda consideración trascendente. Por ello, la perspectiva de una fase final, satanista, de la Revolución, plantea una serie de interrogantes que desafían nuestra lógica tanto como nuestra imaginación.

Si tomamos, a título de ejemplo, y como muestra de un ámbito social absolutamente masificado, deshumanizado y planificado a escala de los mejores deseos de la Revolución, a la sociedad soviética, veremos que en ella las vivencias anímicas del hombre se desenvuelven en un medio radicalmente ateo, oficialmente refractario a toda preocupación sobrenatural o trascendente y en el que la ciencia ha sido magnificada de forma absorbente y, en cierto sentido, divinizada.

¿Cómo imaginar entonces que una sociedad masificada en tales coordenadas mentales puede dar el paso desde un ateísmo radical y presuntamente científico a un satanismo que, en cualquier caso, implica manifestaciones idolátricas?

Ya Clive S. Lewis anticipó con lucidez este dilema maléfico en su *The Screwtape Letters*, poniendo en la boca del diablo Escrutopo consideraciones como ésta: «Nos encontramos, realmente, ante un cruel dilema. Cuando los humanos no creen en nuestra existencia perdemos todos los agradables resultados del terrorismo directo, y no hacemos brujos. Por otra parte, cuando creen en nosotros, no podemos hacerles materialistas y escépticos... Al menos, no todavía. Tengo grandes esperanzas de que aprenderemos, con el tiempo, a emotivizar y mitologizar su ciencia hasta tal punto que lo que es, en efecto, una creencia en nosotros (aunque no con nuestro propio nombre) se infiltrará en ellos mientras la mente humana permanece cerrada a la creencia en el Enemigo...». Y, seguidamente, el diablo Escrutopo adelantaba algunas tácticas para lograr dichos objetivos: «Si alguna vez llegamos a producir nuestra obra perfecta —el brujo materialista, el hombre que no usa, sino meramente adora, lo que vagamente llama «fuerzas», al mismo tiempo que niega la existencia de espíritus—, entonces el fin de la guerra estará a la vista» (5).

Quizá este profesor de Cambridge señaló una pista lúcida para descubrir las vías del difícil y casi unimaginable tránsito social desde el materialismo ateo al satanismo. Un tránsito que no creeríamos posible de no haber caído en la consideración de que lo esotérico, lo oculto y lo satánico pueden irrumpir con fuerza en los esquemas mentales de una sociedad presuntamente atea si se disfrazan con el ropaje reconocidamente científico de lo cósmico.

No creo que sea espontáneo, ni debido al azar, el que, en unos tiempos en que los ámbitos de la cultura y de la imagen se encuentran férreamente controlados desde instancias económicas revolucionarias, y en los que los grandes talentos del arte penan en el ostracismo por falta de recursos, cualquier dibujante de «comics» de tercer orden encuentre ilimitados apoyos financieros si se dedica a realizar engendros de ciencia-ficción, de cosmología o de vida galáctica... Quizá San Juan no fue tan puramente literario cuando describió aquella visión en la que el

(5) Clive Staples Lewis, *The Screwtape Letters* (*Cartas del diablo a su sobrino*), Espasa-Calpe, Madrid, 1978.

dragón, en su empeño por abortar el fruto de aquella mujer encinta, vestida de sol, lanzaba sobre la tierra con su cola a la tercera parte de las estrellas... del cielo (6).

3. Descendamos a un plano más político. Estudiando a la democracia como medio y como fase, dentro del proceso revolucionario, observaremos que ésta nace siempre en los momentos de crisis de los regímenes de Derecho público cristiano y por revoluciones que comienzan en el plano político-institucional. El momento natal de las democracias coincide con una mutación oficial en la filosofía inspiradora de los estados que establece el reconocimiento de la «voluntad soberana del pueblo» como expresión de la ley. Recordemos que tal reconocimiento se encontraba en el artículo primero de la llamada «Ley para la reforma política» de 1976, en la actual democracia española. Esa mutación trascendente de la filosofía inspiradora del Estado se traduce, con más o menos rapidez, en una serie de transformaciones institucionales que afectan a la organización del Estado en todas sus funciones —funciones que los «demócratas» agrupan en los llamados tres poderes—, y que acaban plasmándose en una constitución o código escrito de Derecho público.

Estas constituciones democráticas suelen incluir, además de la filosofía revolucionaria inspiradora del conjunto y de la normativa de funcionamiento institucional, una extensa carta de derechos y deberes cívicos, las llamadas «libertades» supuestamente conquistadas por el pueblo que estrena tal régimen y a las que su inclusión en el texto supremo entiende garantizar...

Vemos que, por lo general, la fase democrática del proceso, recién estrenada, no supone para la sociedad ningún tipo de cambio en su tejido orgánico: únicamente una serie de transformaciones en la organización del Estado (7).

Sabiendo que la democracia es una fase del proceso, precisamente la situada entre el antiguo régimen cristiano y el totalitario colectivista, observamos que cuando una sociedad estrena su primera experiencia democrática, *apenas ha comenzado* a deslizarse por una pendiente que concluirá en la tiranía utópica. El período democrático es el «intermetzzo» necesario para *cam-
biar* esa sociedad, arrasando sus élites naturales, sustituidas por

(6) San Juan, *Apocalipsis* (12,1-5).

(7) No ocurría así en las primeras experiencias democráticas históricas, en las cuales las «desamortizaciones» establecían los cambios sociales necesarios para desarmar a los estamentos ligados por su naturaleza al Antiguo Régimen.

una clase política artificial, sus cuerpos intermedios, progresivamente privados de contenido y funciones en favor del Estado absorbente, sus células básicas familiares y municipales, atacadas por una legislación destructiva y desintegradora y, en definitiva, borrando toda huella de la primitiva sociedad, orgánica y cristiana.

No es fortuito que el *mito* que la dirección revolucionaria trata con más empeño de consagrar en la sociedad democrática sea el del «cambio». Una dinámica de cambio cada vez más acelerada en todas las actividades y ámbitos sociales se pone en marcha desde los primeros balbuceos del sistema democrático, favorecida por todos los resortes de presión que el poder y los grupos revolucionarios tengan en sus manos. Es elocuente el hecho de que esta dinámica de cambio impresa a la sociedad en los periódicos democráticos se convierta, nada más atravesado el umbral del totalitarismo —la siguiente fase—, en la férrea imposición de un conformismo quietista.

Es que el cambio constituye la naturaleza misma del sistema democrático. Ya hemos dicho que la democracia, además de una fase, es un *medio*.

¿Un medio, para qué? Se preguntarán algunos.

Un medio, precisamente, para el *cambio* de la sociedad.

El paso directo desde un sistema de Derecho público cristiano a un régimen totalitario utópico se ha demostrado históricamente muy difícil por las fuertes reacciones que provoca en el cuerpo social. El régimen democrático supone un estado híbrido intermedio durante el cual se dispone a la sociedad para adoptar la condición maleable y amorfa que la hará apta para su nuevo destino. La justificación de las medidas antinaturales que conlleva el «proceso democrático» se logra, precisamente, atribuyendo su origen al mismo pueblo que las padece en su carne y en sus intereses reales, aunque se ve imposibilitado para reaccionar contra el cúmulo de arbitrariedades que se supone emanadas de su propia y soberana voluntad mayoritariamente expresada...

Durante el período democrático, toda sociedad se ve sujeta, con mayor o menor éxito, a dos cambios fundamentales:

1. El cambio de pueblo a masa.
2. El cambio de espiritualidad trascendente a ateísmo práctico.

El transformar un pueblo en una masa implica toda una serie de transformaciones, de operaciones de desarraigo y nivelación social que más o menos conocemos y hemos estudiado, y frente a las cuales la sociedad sólo puede servirse de los recursos que le proporcionan su propia vitalidad natural y su capacidad organizativa. Cambiar la espiritualidad trascendente de un pueblo por el ateísmo práctico de una masa, es la tarea a la cual se aplica la llamada «guerra psicológica revolucionaria», consistente en la aplicación de una serie de técnicas de transbordo ideológico, de explotación de contradicciones según las fórmulas de Gramsci, y de control social. Estas técnicas de guerra psicológica pueden estudiarse en la cuarta parte del ensayo *Revolución y Contrarrevolución*, de Correa de Oliveira, en el ensayo sobre psico-política del norteamericano Kenneth Goff, y en otros estudios sobre manipulación de los medios de comunicación y control de masas (8).

El factor clave para su aplicación es el control revolucionario de la mayor parte de los medios de comunicación, que son el arma principal de la guerra psicológica y el objetivo previo y principal de toda la estrategia revolucionaria actual.

El pueblo, antes de convertirse de hecho en masa, se va adaptando a las exigencias de la masificación a través de la falsa imagen de sí mismo con la que se le aturde constantemente a través de esos medios. Toda noción de estabilidad es combatida y ridiculizada a través de ellos, toda forma de desarraigo y desintegración aplaudida y propuesta como orientación válida.

Las alternativas del sufragio universal están perfectamente adaptadas a esta alquimia transformadora de la sociedad. En los primeros momentos de la experiencia democrática, el pueblo es aún mayoría, y la masa minoría: los partidos más o menos conservadores mantienen el control del poder sin que el cambio social se detenga por ello. Por el contrario, son estas opciones conservadoras las que, por lo general, sientan las bases institucionales y políticas del mismo.

Conviene tener en cuenta que las fuerzas políticas conservadoras, en las democracias actuales, no constituyen nunca reacciones naturales contra el propio proceso revolucionario en su totalidad, sino meras alternativas de ritmo lento en dicho proceso. La clave ideológica de sus componentes se encuentra en la adhesión a fases superadas o ingenuas de la Revolución.

(8) Juan Carlos Polavieja, *¿La televisión manipulada?*, Fuerza Nueva editorial, Madrid, 1980.

CONDICIONAMIENTOS PSIQUICOS EN LA ACCION POLITICA

En el momento en que la masa pasa a ser mayoritaria sobre el pueblo, la alternativa electoral bascula definitiva e irrevocablemente hacia el colectivismo: es el momento central de la experiencia democrática. El momento final se produce cuando el pueblo, sucesivamente reducido a minorías localizadas, aisladas y socialmente indefensas, se ve por fin sumergido y desaparece en la masa. A partir de entonces la sociedad está «madura» para que una modificación institucional o una revolución callejera abran la siguiente fase...